

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 322.—1.º de Agosto de 1883.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA MADRE DEL NIÑO ABANDONADO. (1)

Dada la circunstancia de vivir aislada en un rincón de España, la dificultad que hay en mi país para adquirir datos estadísticos, la escasa confianza que merecen y el poco tiempo que resta para la apertura del *Congreso internacional para la protección de la Infancia*, no me es posible concurrir á él con un trabajo que corresponda exactamente al programa, ni hacer otra cosa que exponer algunas observaciones, como quien conoce toda la importancia del asunto, y teniendo en cuenta la alta consideración que merecen los que llaman á tratarle, no quiero dejar de acudir al llamamiento.

LA PRIMERA INFANCIA. *Niños de pecho abandonados.—Hijos de solteras.—Casas-cunas.—Tornos.*

Tal es la primera cuestión del programa, y de la cual trataré solo una parte, por las razones que dejo indicadas.

Así como el estudio de los hombres delincuentes ha conducido al de los niños abandonados, el de estos lleva al de las mujeres culpables ó desgraciadas, egoistas ó desvalidas que los engendran, los abandonan y los desmoralizan, ó son víctimas con ellos de una abnegación impotente, por causa de fuerza mayor. No es posible separar el estudio del hijo que se intenta socorrer, del de la madre que hace necesario

(1) Estos apuntes se han remitido al Congreso Internacional para proteger la infancia abandonada y culpable, celebrado en París en Junio de este año.

el socorro, y cuya condicion social es dato principalísimo para la solucion del problema.

Se ha dicho: *Para que no haya masas de hombres viciosos y delincuentes, recojamos y eduquemos á los niños moral ó materialmente abandonados.* ¡Santa obra! ¿Puede haber alguna que lo sea más ni tanto como arrancar la inocencia de las garras de una fatalidad que la envuelve con varias formas y poder muchas veces irresistible? Y la obra se realiza con rapidez consoladora de un extremo á otro del mundo civilizado; se oye el grito de *¡Salvemos á los niños, amparándolos!* y esta voz de la razon y de la conciencia humana halla ecos donde quiera.

Este gran paso, inmenso, conduce á otro. Hay que acercarse á la raíz del mal para estirparlo, y despues del trabajo más perentorio, que es encauzar la corriente apestada, emprender el de apartar las materias en descomposicion que la corrompen. Subiendo al origen del mal, el problema se presenta en esta forma:

¿Cómo se evitaria que haya niños moral y materialmente abandonados?

Ya se comprende que la eficacia de los remedios, por mucha que sea, no ha de lograr que desaparezca el mal en absoluto, y que, por ahora ó por siempre ó por mucho tiempo, habrá algunos niños en moral ó material abandono; pero que su número se reduzca, que no se cuenten por miles y por millones, que sean una excepcion rara, consecuencia de faltas graves, y revelen una culpa *individual, no social.*

Se comprende tambien que en el enlace íntimo de los elementos sociales y mútua y activa influencia de unos respecto de otros, todos concurren más ó ménos directamente á los resultados malos ó buenos que se celebran ó se deploran, y el abandono de los niños es efecto de muchas causas. Pero no creemos que haya ninguna tan poderosa como la condicion social de la mujer, entendiendo por **CONDICION SOCIAL** *el conjunto de circunstancias que resulta de las leyes, las costumbres, las opiniones y la manera de ser industrial, artística y científica de los pueblos modernos.*

Es evidente que la primera necesidad del niño pequeño

es la madre, y que á esta mayor necesidad corresponde la más grande abnegacion. Cuando se vé una criatura abandonada, el pensamiento se vuelve inmediatamente hácia la que le dió el sér. ¿Ha muerto? ¿Es culpable? ¿Es desgraciada? La idea del padre viene despues. Del mismo modo, al tratar la cuestion de la infancia abandonada, el abandono de la madre, de aquella natural y amorosa protectora, no puede admitirse como la accion *espontánea y voluntaria* de una mujer, sino como consecuencia de las circunstancias en que se vé colocada. Y decimos *que se vé colocada*, para expresar que no es obra suya esta situacion, en su mayor parte al ménos; que hay muchos casos en que tiene poca culpa, y bastantes en que no tiene ninguna.

Debe distinguirse entre la mujer apasionada, débil, viciosa, que sin estar casada tiene hijos, y la que los abandona. La pasion y el ceder al instinto, son cosas naturales, y si no se combaten, el vicio es tan inevitable que parece natural tambien; pero entre esta debilidad y la perversion, hay una distancia inmensa que la mujer, por regla general, no recorre sola; puede tener grandes defectos y graves culpas, sin ser madre desnaturalizada. Esto lo sabe cualquiera que ha observado mujeres livianas, y aun criminales, y visto que en aquellas existencias, en que todo parece manchado, puede haber, y hay á veces, una cosa pura; el amor de madre. Existen excepciones de madres sin entrañas, verdaderas monstruosidades, y las de esta especie (no clasificada) de fieras, no están todas donde acaso suponga el que, prescindiendo de la observacion de los hechos y dejándose guiar por racionios mal fundados, las busque en las últimas capas sociales. La perversion viene por diferentes vias, y no es menos hediondo que el de la miseria el fango de la riqueza; los polvos de oro que contiene pueden hacerle brillar, pero no le sanear. Las madres mónstruos, ya pertenezcan á las clases elevadas, ya á las humildes, constituyen un problema psicológico, á veces patológico, un asunto jurídico, no *La Cuestion Social* que resulta de miles de criaturas moral ó materialmente abandonadas por la que les dió el sér. De hecho así se reconoce; como cuestion social se trata, y para resolverla no se recurre

á los tribunales, ni á la ley penal, ni á la fuerza armada, sino á las fuerzas vivas, intelectuales y morales de la sociedad, que impulsan á determinaciones justas y acciones caritativas. Que es cuestion social la de los niños material ó moralmente abandonados, parece evidente para cualquiera que la estudie, y como todas las de esta índole, puede en su mayor generalidad enunciarse así:

El problema que todos plantean y que todos han de resolver.

Considerando nosotros el valor que para su resolucion tiene este dato, *la madre*, é insistiendo en que la madre que por su gusto abandona á su hijo es una excepcion muy rara, una especie de monstruosidad, formularemos nuestro punto de partida del modo siguiente:

La madre que abandona á su hijo es violentada, impulsada, ó al menos auxiliada por la sociedad, autora, co-autora ó cómplice de este abandono.

Para más convencernos de esta verdad, estudiemos la cuestion con algun detenimiento, analizando *el abandono moral ó material de la infancia*, que no existiria si la madre estuviese en condiciones morales y materiales de amparar al hijo.

Este análisis abreviado puede hacerse sentando y demostrando las tres proposiciones siguientes:

1.^a *El concurso indispensable del hombre para la conservacion, propagacion y perfeccion de la especie, no es solo fisiológico, sino tambien económico, moral é intelectual.*

2.^a *En la conservacion, propagacion y perfeccion de la especie, la mision de la mujer es mucho más penosa que la del hombre: la naturaleza ha sido dura con ella, y en las relaciones de sexo tiene grandes desventajas naturales.*

3.^a *Las desventajas naturales de la mujer, que debieran disminuirse cuanto fuese posible, la sociedad las aumenta, y sumadas, abrumando á la madre, caen sobre los hijos.*

PRIMERA. Se ha dicho que *el hijo tiene derecho á su madre*, y se ha dicho bien, pero poco: la verdad completa es, que *el hijo tiene derecho á su madre y á su padre*, porque de los dos necesita; entrambos tienen el deber de ampararle, y moralmente no puede separarse el hecho de dar la vida y la obligacion de sustentarla.

En cualquier estado de salvajismo ó de civilizaci3n que se considere á la prole, se vé, que si por horas ó por dias puede vivir sin padre, esta posibilidad se prolonga por muy poco tiempo, porque la madre sola no puede ampararla y sustentarla. La defensa contra los animales dañinos ó los ataques de gente cruel, no es necesaria en un pueblo culto, ó puede suplirse por la fuerza pública; pero la mujer embarazada, la mujer criando, la mujer al cuidado de los hijos pequeños, no puede proveer á sus necesidades; ni tiempo ni fuerza suficientes tiene, y es indispensable que acuda el hombre con su trabajo, que coopere á conservar aquellas vidas que ha contribuido á dar, y que su cooperaci3n esté en armonía con la naturaleza y el medio social en que vive. Con la naturaleza, porque el mucho tiempo que el hijo vive en el seno de la madre, que necesita del sustento que ella sola puede darle, y su prolongada infancia, todo pone en evidencia que la mujer sola no puede proveer á las necesidades de sus hijos. Si el hombre salvaje no los hubiera defendido de las fieras, de la rapacidad cruel de otras tribus, y provisto á su subsistencia, la especie se habria extinguido.

La civilizaci3n modifica y perfecciona, pero no cambia radicalmente la naturaleza de las relaciones necesarias que existen entre los hijos, la madre y el padre, que, cazador ó artesano, guareciéndose en las cavernas ó edificando cómodas viviendas, tiene que contribuir al sustento de la familia con la parte de trabajo que le corresponde. Porque en un período de civilizaci3n adelantada haya alguna mujer que por riqueza heredada ó por habilidad singular pueda proveer al sustento de la familia, son casos muy excepcionales, y la regla es que, económicamente lo mismo que fisiológicamente, un sexo no puede suplir al otro, sino que entrambos se armonizan y se completan. Y no es que el hombre trabaje más, sino de otra manera; no es que todo bien estudiado y considerado tenga ni emplee más fuerza, sino que ésta tiene otra aparienci3 y otro empleo: no se gasta ni se necesita menos poder de vida para dar al niño la sangre de las venas ó el sustento del pecho, que para los mayores esfuerzos musculares. Hay que repetir-lo: para vivir y perfeccionarse, lo mismo que para engendrar-

se, el hijo necesita de la concurrencia del padre y de la madre, y que los *autores* de su existencia sean los *protectores* de ella.

El abandono parcial ó total de los hijos es por lo comun efecto de la falta de padre, ó de su impotencia ó mala voluntad para prestar aquella cooperacion indispensable al sustento y buen órden de la familia.

Los niños parcial ó totalmente abandonados son hijos de mujeres

Solteras;

Viudas;

Casadas con hombres que por una causa cualquiera no pueden trabajar;

Casadas con hombres que trabajando no ganan lo indispensable;

Casadas con hombres viciosos que malgastan gran parte de lo que ganan.

La sociedad no puede negarse á la evidencia de que la mujer sola no basta para proveer al sustento de la familia, y los socorros que bajo diferentes formas proporciona á los hijos, para suplir en todo ó en parte la falta del padre, prueban hasta qué punto los hechos se imponen, confirmando la verdad de nuestra primera proposicion. Pero no se olvide que es cierta en todas sus partes, y que cuando falta el padre, si económicamente puede suplirse mejor ó peor, bajo el punto de vista moral é intelectual su pérdida es irreparable. Muerto, deja un vacío que nadie puede llenar; vicioso ó malvado, pervierte con su mal ejemplo, desalienta con su abandono, y cubre de amargura y de oprobio á los que debiera proteger. Como para dar la vida física y sustentarla, cada sexo tiene una parte esencial y diferente, tambien para la educacion es distinto el papel del padre y de la madre, y cuando falta uno de los dos, ó su accion no se armoniza razonablemente, el daño es grande y en general inevitable.

Ese grito de angustia y conmiseracion que sale de las entrañas del siglo, clamando: *¡Amparo á los niños desvalidos!* esas diferentes formas de socorrerles material ó espiritualmente, tantas y tan variadas, no son, si bien se considera, más

que medios de suplir al padre, porque la falta de la madre, ó su impotencia, es efecto de la de él, salvo los casos excepcionales de muerte ó crimen.

SEGUNDA. La proposición segunda es tan cierta y reconocida por todos, que la consignamos solamente para hacer más perceptible el orden lógico de las ideas y de los hechos. Suprimid el orden moral, y la paternidad no es más que un momento de placer sin desagradables consecuencias, mientras la maternidad lleva consigo molestias y padecimientos, dolores terribles, y á veces la pérdida de la vida. El padre no tiene ningun lazo fisiológico que le una al hijo, unido con la madre hasta el punto de formar con ella una misma organización primero, y que dependen la una de la otra por todo el tiempo de la lactancia, de modo que mientras dura ésta, el niño no vive sin la madre.

Estas diferencias esenciales é inevitables constituyen diferencias esenciales é inevitables tambien, ventajosas para el hombre. Cuando en las relaciones de sexo se suprime la moralidad y se prescinde de la conciencia, el padre puede negar que lo es, la madre no; á consecuencia de la misma falta, de la misma debilidad, del mismo hecho, como quiera que se califique, el hombre queda exento de todo daño y completamente libre, y la mujer sujeta á consecuencias, acaso terribles, siempre graves por ley inexorable de la naturaleza. Sabida es de todos, pero no basta saberla; es necesario penetrarse bien de sus consecuencias, para no soñar igualdades que no existen, y justicias espontáneas que solo pueden ser el resultado de mucho trabajo y grandes progresos en el camino de la perfección.

TERCERA. Estando tan estrechamente unida la suerte de la madre con la del hijo, todo lo que injustamente se hace en perjuicio de la mujer, resulta en daño del niño. La sociedad, con sus injusticias y sus errores, contribuye:

A privar de padre al hijo,

A privarle de madre,

A debilitar á la madre.

CONCEPCION ARENAL.

(Se concluirá.)

EL TRABAJO DE LOS CIEGOS.

Más de una vez nos hemos ocupado de los ciegos en nuestra Revista (a). Y no sin razón. Siempre hemos considerado la ceguera como una de las mayores desventuras, ó la mayor quizá, que pueden sobrevenir en esta vida.

Los que tenemos la dicha de poseer buena vista, no nos fijamos tanto como debíamos en contemplar el grado tan grande de desgracia que representa un ciego. La continuidad de un goce no solo nos hace apreciarlo en menos de lo mucho que se merece, sino que nos lleva á una especie de indiferencia para con los que se ven privados de disfrutarlo.

Hay dos sencillas pruebas para rectificar sobre este punto nuestros juicios y excitar nuestra adormecida compasion.

La primera consiste en buscar á un pobre miserable que esté privado de toda clase de auxilios, de goces y de esperanzas, y decirle: «Te daré riquezas, bienestar, familia que te cuide, cuanto pueda ambicionar tu deseo. Solo te pido en cambio tus ojos, que permitas te los haga cegar para siempre.» ¿Habria nadie, por infeliz que fuese, que aceptara el cambio? Seguramente que no.

La segunda prueba es más sencilla. Cubramos nuestros ojos con tupida venda durante 24 horas, y aunque sepamos que es una ceguera transitoria, que tiene plazo fijo y corto, experimentaremos tal molestia, tal tristeza y tales privaciones, que los minutos nos parecerán horas largas y nos impacientará la tardanza del momento en que podremos arrojar la venda.

Llega á tal extremo esa desgracia, que los fervorosos partidarios de la abolicion de la pena de muerte piensan y proponen que se reemplace ésta con una simple chispa eléctrica de gran potencia que mate el nervio óptico del condenado. El castigo no seria sangriento ni doloroso en extremo; no tendria el aparato lúgubre y repugnante del cadalso y del

(a) Véanse entre otros los artículos insertos en los números 284 y siguientes.

verdugo, pero encerraria una penalidad tan grande, que bastaria á satisfacer á la justicia aun en los crímenes más atroces; teniendo por otra parte la ventaja de no cerrar las puertas al arrepentimiento y á la reaccion moral y religiosa del reo.

Todavía un ciego que sea rico sufre siempre mucho, pero tiene atenuantes de su pena en los cuidados de familia y de personas de su cariño, en las ventajas materiales de alimentacion buena, abrigo, comodidad, y hasta en los recursos de su razon si está bien dirigida, y de su instruccion si la ha tenido anteriormente y le puede luego servir aun de auxilio y de alivio en su vida de perpétua oscuridad.

Recordamos con este motivo, y quizás algunos de nuestros lectores lo recuerden tambien, á un excelente profesor de matemáticas, el Sr. Barberi, distinguido jefe que habia sido en el Cuerpo de Telégrafos y persona digna del mayor aprecio en todos conceptos. Yendo en 1859 á bordo del vapor *Genova*, cargado de municiones de guerra é incendiado casualmente en el puerto de Málaga, sufrió por efecto de aquella catástrofe la pérdida absoluta de la vista, despues de haber estado luchando mucho tiempo con la muerte en larga y dolorosa enfermedad por las terribles lesiones que habia recibido. Luego que se repuso de ella y vino á Madrid, cuidadosamente asistido por su digna esposa, estableció una Academia de matemáticas que dió grandes y provechosos resultados para los jóvenes que se dedicaban á carreras facultativas; y hasta compuso, valiéndose de un buen amanuense, una obra excelente de esta ciencia. Increible parecerá á quien no lo haya visto, como nosotros lo vimos, que un profesor ciego explique con grande aprovechamiento para sus alumnos la aritmética, el álgebra, la geometría y demás ramos que tanto necesitan las demostraciones prácticas por medio del lápiz y de la pizarra.

Todos estos recursos faltan al ciego que es pobre, que carece de recursos, de familia y de instruccion; lo más que suele tener es un palo para ir tanteando el terreno que pisa, y un niño que le guie, ó un simple perro que haga las veces de lazarillo. Otras miserias tienen remedios ó pueden recibir

consuelos; pero, ¿qué elementos puede haber para consolar y remediar la ceguera de los pobres? A primera vista parece, pero equivocadamente, que no haya más que los de una simple compasión impotente.

Si yendo por la calle nos detiene un mendigo, pidiéndonos limosna, podremos quizás eludir su demanda y hasta si nos coje en uno de esos momentos malos (de que nadie está libre), tal vez pensemos que aquella miseria sea fingida y que la mendicidad representa tan solo verdadera holganza; pero si el que nos implora es un ciego, ¿cómo rechazarle cuando en sus ojos inmóviles nos presenta el cuadro de una tan grande desventura?

Remedios definitivos para ella no los hay, desgraciadamente. Cuando la ceguera es ocasionada por algun velo ó entorpecimiento que impida la vision, podrá el bisturí de hábil oculista hacer el prodigio de sacar al paciente de su oscuridad y restituirle la vista; pero si la lesion es profunda, si el nérvio óptico está herido de muerte, no hay médico que pueda darle vida.

Llegado á ese estado el ciego, y sobre todo el ciego pobre, la caridad tiene con él grandes deberes que cumplir. Debe consolarle, asistirle y darle la enseñanza compatible con su triste estado. En este punto, las escuelas de ciegos y sordomudos, á costa de supremos esfuerzos de inteligente y celosa perseverancia, han logrado dar á los infelices ciegos algunos medios de hacerse entender utilizando una lectura y escritura sobre letras de relieve. Incalculable es la ventaja que eso produce á aquellos desgraciados. Las escuelas de esta clase que hay en Madrid, en Barcelona y en Sevilla, son momentos de la más acendrada y utilísima caridad, que honran sobremanera á sus directores y propietarios, y que seri de desear se estableciesen tambien en otras ciudades.

En cuanto á consuelos de otra clase; es decir, los que se refieren á la resignacion religiosa y á la tranquilidad de espíritu, mucho puede la unción fervorosa y la elocuencia inspirada de quien les dá esos consuelos; pero la desgracia de que se trata es tan grande, que hay que esperar algo y mucho de la gracia especial de Dios, que secunda los esfuerzos humanos.

Con aquella y con estos nada hay imposible en materia de resignacion. Conocemos un ejemplo admirable de ello, del cual se hizo ya relato histórico en el núm. 5 de nuestra Revista.

Hubo en Madrid hace algunos años un infeliz que intentó suicidarse, y cayó herido por el pistoletazo que se disparó. En vez de atravesarle el cráneo, lo que hizo fué entrarle la bala por un ojo y salir por detrás del otro, dejándole ciego. Cayó en tierra; era en el campo y cubierto de nieve. Allí quedó abandonado mucho tiempo y debió morir; pero vivió y vive aún. La caridad lo recogió, le asistió esmeradamente, y no pudiendo devolver la luz á sus ojos muertos, le abrió los del alma, que tenia hartó perturbados. Era y es hombre de talento y de instruccion; la ceguera le hizo pensar provechosamente, y con auxilio de buenas personas, se operó en su espíritu la más hermosa trasformacion.

Cuando tenia vista, ocupaba un destino en las oficinas superiores del Estado, vivia modestamente, pero sin faltarle nada, y hasta disfrutaba ventajas de familia, sociedad y amigos. En tal estado, sin embargo, trató de matarse. ¡Tan profunda seria la desesperacion de su alma y la perturbacion de su juicio! Hoy, pobre, ciego, casi inválido de los piés, sin familia y viviendo en una poblacion de la provincia de Málaga, está tan regenerado y es tan feliz, que sus cartas hacen envidiar aquel estado beatífico de su alma. Algunos suscritores nuestros le conocen; suscritora era la hermana de la Caridad que se dedicó en el hospital á su asistencia material y espiritual, y por manos de suscriptoras benéficas recibe el venturoso ciego todos los meses el producto de una modesta suscripcion con que se mantiene, y cuya mayor parte se debe á un distinguido caballero de Madrid, tan caritativo como ilustre é ilustrado.

Estos y otros ejemplos debian animar á las personas de buenos sentimientos para ocuparse más de los ciegos. Para otra clase de pobres se hace mucho con el socorro material; pero el pobre ciego necesita un amparo mayor. Hay que darle una nueva educacion y enseñanza industrial para que pueda ocuparse en algo que le sea productivo, que le distraiga y que

le liberte de las terribles consecuencias de una ociosidad en perpétuas tinieblas. Esas consecuencias pueden llevarle al último grado de la desesperacion.

Pero acaso se dirá que despues de enseñar á los ciegos á leer y escribir del modo mecánico que antes indicamos, ya se ha hecho todo y nada más puede hacerse. Esto es un error. Hay todavía ancho campo para trabajar con el fin de dar á los demás sentidos del ciego una actividad y perfeccion fecunda, que supla en lo posible la pérdida del sentido de la vista.

En algunos países extranjeros se ven en esta materia ejemplos que sorprenden, admiran y consuelan. Distingúense en ello especialmente Inglaterra, Francia, Dinamarca y Holanda. En esos países apenas se encuentra un ciego menesteroso. La caridad no espera que la busquen; ella es la que acecha y busca á los ciegos, los recoge, los mantiene, los educa y los instruye, dedicándolos á oficios y manufacturas sencillas. Los resultados de esa campaña benéfica son sorprendentes.

En Inglaterra la Sociedad protectora de los ciegos pobres vende todos los años los objetos fabricados por éstos y por valor de millon y medio de francos.

En Francia se ha fundado recientemente en la calle de Basfroi (París), no un Asilo, sino una Escuela profesional de aprendizaje y de trabajo para ciegos. Allí van éstos por la mañana, trabajan, almuerzan y al anochecer se retiran á sus casas, como cualquier operario con vista. Esos obreros hacen cepillos, alfombras, tornean y arreglan sillas. Todas las de paja y de junco que se ven en los jardines de Luxemburgo y de las Tullerías las componen aquellos ciegos. Es curiosísimo el espectáculo de tales talleres. La Sociedad que cuida de ellos ha establecido además una sucursal de los mismos en el pabellon chino del Bosque de Bolonia, donde se les ve trabajar todos los dias. Entre otros detalles sorprendentes, citaremos el de que el capataz de la sucursal es también un ciego.

Admiremos y bendigamos á esas personas que ejercitan la más difícil y la más útil de las obras de caridad. Pero esa admiracion no debiera ser aislada y estéril, sino estimulante, para que aquí, en España, donde hay tantos ciegos pobres sin más ocupacion que la mendicidad por las calles, pudiéramos

conseguir verlos ocupados, como en otros países, en trabajos propios de su desgraciada situación.

Todos, en mucho ó en poco, podemos contribuir á que ese bello ideal llegue á ser una realidad. Lo primero que se necesita es pensar, pensar mucho, en los pobres ciegos; pensar con espíritu compasivo y cristiano: son hermanos nuestros y son seres desgraciadísimos. ¡Qué mejor título para ocupar algo nuestras ideas! De ellas nacerá luego la compasion, que muchas veces falta más por irreflexion que por egoísmo; y pensando y compadeciendo, no dejarán de brotar ideas y empresas generosas.

Séres felices cual lo somosrelativamente todos los que tenemos vista, si al despertar por la mañana abriendo los ojos del cuerpo á la hermosa luz del dia, y los del alma al goce de nuestra existencia resucitada del letargo del sueño, damos, como es justo, un tributo de gracias á Dios, pensemos que será un medio eficaz de acreditar esa gratitud el ocuparnos de los que duermen y despiertan en perpétua y tristísima oscuridad.

ANTONIO GUEROLA.

LA BENEFICENCIA EN GANDÍA.

Bajo el epigrafe de *Útiles reformas*, nuestro ilustrado colega *El Litoral de Gandía*, aboga, entre otras, por las siguientes:

Y ya que nos hemos puesto en este terreno vamos á indicar someramente ciertas mejoras útiles cuya realizacion es nuestro deseo constante y por las que Gandía alcanzaria mayor incremento y renombre.

La primera de todas, es la creacion de una Caja de ahorros y Monte de piedad. Debiéramos aunar todos nuestros esfuerzos para llevar á cabo empresa de tanta importancia: es en primer término una obra de misericordia y en segundo aportaría el bienestar á la clase trabajadora que es la mayoría de esta huerta.

Recordamos con sentimiento que se nombró una junta para que escogitase los medios á fin de que pudiera llevarse á cabo tan laudable mejora y con rubor y sentimiento tambien anunciamos que la comision no ha hecho nada.

¡Señores, que se trata del pobre, del trabajador, que merecen toda protección y ayuda! ¡que se traía del ahorro de sus pequeños capitales, que se lleva hoy la usura, y de un pequeño préstamo para atender á las necesidades de la vida y de otro igual para atender á otras necesidades que ha de producirle aquel mismo ahorro y su bienestar!

Solo por medio de esta clase, se podrá llegar á regenerar la familia, y á triunfar del pauperismo. Téngase en cuenta, todo esto, y dispéñsenos que no nos estendemos más, porque varias veces nos hemos ocupado de este asunto: únicamente escitamos el celo de la Comisión nombrada, para que sin demora desempeñe su cometido; y de esa manera, merecerá nuestros plácemes y las alabanzas de Gandía.

La Beneficencia Municipal y el Hospital de San Marcos y San Francisco de Borja, merecen una reforma de acuerdo con las necesidades de Gandía, y con los medios de que se cuenta para que ambos á la vez puedan subvenir á lo que reclaman los fines para que fueron creados. Nos ocupamos de estos dos asilos de caridad á la vez, porque consideramos esencial, refiriéndonos á la población en que vivimos, que ambos debieran formar un mismo asilo, refundiéndose en uno.

Varias son las razones que hay para ello y que están en la conciencia de todos. Baste saber únicamente que si continúan en el actual estado, han de cerrarse por falta de recursos: el uno se sostiene merced al enérgico impulso de su dignísimo y respetable fundador; el otro gracias al asiduo trabajo de las madres carmelitas. Pero hay que prever lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo, y conviene atajar el mal.

Para ello, ninguna cosa mejor que reunir en el edificio donde hoy existe el hospital los dos asilos: se dispone allí de un espacio huerto, de locales á propósito en donde pueden separarse cómodamente los reclusos, y sobre todo está en un extremo de la población, donde puede renovarse con facilidad el aire, enrarecido dentro de esta. Por otra parte, podrian aunarse los esfuerzos de sus celosos directores, y de esa manera vivirian ambos una vida próspera y feliz.

No creemos que nadie vea en cuanto decimos ni animosidad ni interés oculto. Respetamos en cuanto vale y en cuanto se merece al dignísimo director de la Beneficencia municipal, cuyo nombre ha de figurar precisamente en primer término, por su laboriosidad, por su honradez y por las grandes y loables empresas realizadas en Gandía, en beneficio del pobre y del desvalido, en los anales contemporáneos de esta población; merece todas nuestras alabanzas, la gratitud de

sus conciudadanos y el reconocimiento eterno de las clases menesterosas; pero no hacemos nosotros otra cosa, que indicar una mejora que creemos de utilidad suma para el desarrollo de la poblacion y mejor vida de los asilos, tanto que auguramos, lo decimos sin reservas, ha de acojerse nuestro pensamiento con satisfaccion, porque aquí no hacemos más que ser eco de los deseos y aspiraciones de Gandía.

Entramos en la última parte de esta demanda, si así podemos llamar á este escrito, en el que sometemos á la consideracion pública, mejoras de tan alta importancia para Gandía, y justo es, por lo mismo, que fijemos la atencion en otro asunto de trascendencia indiscutible. Gandía paga por titulares á los médicos cirujanos ocho mil reales anuales, por el servicio facultativo que prestan aquellos, y en verdad que es una asignacion bien módica por cierto; pero en este servicio no están comprendidos, á nuestro entender, los casos imprevistos y desgracias accidentales que pueden ocurrir en la poblacion y por ello nos parece preguntar: ¿No sería conveniente el establecimiento de una ó dos casas de Socorro á imitacion de otras poblaciones de igual categoría que la nuestra, con servicio permanente?

Se nos objetará seguramente que el municipio no está para gastos, y es verdad; pero ha llegado ya la época de las economías, y creemos que aquel ó el entrante pensará más seriamente en su situacion. Por de pronto puede hacer anualmente un ahorro de treinta ó cuarenta mil reales si, como es de creer, echa abajo ciertas *golleries* que no han debido sancionarse, y emprende el verdadero camino de un celoso administrador de la ciudad.

Pues bien; volviendo á la cuestion, tenemos que podrian crearse dos plazas de médicos titulares, dotadas con seis mil reales cada una, y dos de practicantes con dos mil quinientos para el servicio de las casas de socorro, el cual podria ser á la vez desempeñado por aquellos. No habria necesidad de gravar el presupuesto municipal más que en nueve mil reales, y como damos por base para su realizacion economías más que suficientes para cubrir todas estas atenciones, resulta perfectamente practicable tan importante mejora.

Todas las que hemos apuntado son seguramente realizables, si se atiende á que no es el Municipio el que ha de llevar sobre sus hombros carga tan pesada como seria la realizacion de todos estos proyectos: lejos tambien de nuestro ánimo hacerle responsable de la ejecucion de todos ellos. Han de hacerse en la medida que el tiempo y las circunstancias lo

permitan; pero al Muy Ilustre Ayuntamiento corresponde la direccion de todos ellos, contando con la seguridad de que la iniciativa privada para unos, y la piedad cristiana para otros, han de ser el auxiliar poderoso, mejor dicho, la palanca con que ha de remover los obstáculos que se opongan á la ejecucion de todos estos proyectos, que proporcionarán inmenso bienestar á la par que grande importancia á esta hermosa tierra.

A. C.

LA CARIDAD.

No nos dejaste, ¡oh, Cristo! cuando la grey traidora
en tí agotó las iras del negro Satanás.

Donde el mendigo pide, donde el humilde llora,
allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza que nuestras almas llena,
que extingue los profundos latidos del dolor...

Cuando me espanta y duele la desventura ajena,
te siento en mí, Señor.

¡Oh, Caridad sublime! ¡oh, inspiracion del cielo!
¡oh, rayo que desciende de la sagrada Cruz,
y esparces por la tierra suavísimo consuelo,
resignacion y luz!

¡Tú riges los impulsos del corazon cristiano,
tú calmas de la vida la ronca tempestad,
tú lloras con el triste, tú apoyas al anciano,
tú amparas la orfandad!

Tú, con sereno rayo, como la luz del dia,
dilatadas por doquiera tu limpio resplandor;
tú ahuyentas esa noche fatídica y sombría,
la noche del dolor.

Tú apagas las angustias del lastimado pecho,
las lágrimas enjugas con cariño y afan;
tú das valor al débil, al peregrino, lecho,
al desvalido, pan.

Recoges el aliento postrer del moribundo,
vas, como amante madre, del desdichado en pos;
por tí los pobres mueren sin renegar del mundo,
sin acusar á Dios.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.
